

PRESENTACIÓN

Empecemos con una frase fundacional, la primera de los *Ensayos* de Montaigne: «He aquí un libro de buena fe, lector». Este también pretende serlo. En él vamos a intentar mostrar cómo *suen*a la filosofía que hoy publica en Cataluña la generación que frisa los cincuenta años y que, por razones cronológicas más o menos obvias, se encuentra en el punto álgido de su producción intelectual. Por supuesto, dicho criterio es tan discutible o arbitrario como el que hubiese supuesto trazar un arco intergeneracional entre autores casi inéditos y otros mucho mayores (y, en general, sobradamente conocidos fuera de Cataluña). El mencionado arco se descartó porque, teniendo en cuenta el objetivo del libro, el resultado no parecía plausible: una selección de esa índole requeriría, para ser ecuánime, una extensión excesiva. En el presente texto no aparecen, por tanto, la generación de nuestros maestros ni tampoco la de nuestros alumnos más destacados. Los primeros ya han sido convenientemente difundidos; hoy por hoy, no necesitan tarjeta de presentación. Los segundos están empezando. Todo llegará.

Tampoco se ha pretendido dibujar aquí ningún *top ten*, ni nada por el estilo. Es importante que este extremo quede claro. El libro constituye una antología de textos que, a nuestro entender, refleja una parte significativa del pensamiento especulativo catalán actual. Eso es todo... y no es poco. Aquí se encontrarán pensadoras y pensadores ubicados en un espectro ideológico de considerable amplitud. Unos tienen una determinada visión sobre la relación España-Cataluña que otros no comparten. Algunos se formaron en la tradición anglosajona, otros en la francesa y otros en la alemana. Unos escriben habitualmente en catalán y otros, en cambio, lo hacen en castellano. Unos cultivan el *paper* académico, y otros frecuentan con más asiduidad el ensayo. Etcétera.

Una segunda —pero no menos importante— aclaración sobre la naturaleza del presente libro. Los textos seleccionados están pensados y escritos *en* Cataluña, pero no son textos *sobre* la situación política que se vive hoy allí. Esta es una decisión muy meditada. Mezclar ambas cuestiones hubiera constituido una apuesta por la confusión, a la par que una muestra de crudo oportunismo. Por otra parte, existe una amplia variedad de escritos que ya cumplen perfectamente ese cometido desde diferentes perspectivas y enfoques. Con la excepción del primero, del profesor Ferran Sáez Mateu, en el que se aborda el contexto cultural de Cataluña desde una perspectiva histórica —cosa que, inevitablemente, conduce a referentes de carácter político—, y del último, que trata cuestiones de identidad (Ángel Castiñeira), el resto de escritos tienen un enfoque que, sin rehuir la mencionada cuestión, no la ubican en un primer plano.

Resulta significativo, sin embargo, que la filosofía política predomine claramente en las propuestas del resto de autores.

En tercer lugar, y aunque pueda parecer un poco intempestivo, este libro supone una defensa de la literatura de ideas, del ensayo filosófico que sigue la estela de Michel de Montaigne. Conviene aclarar las razones de esta muy desacomplejada vindicación. Hoy, el ensayo se encuentra constreñido, por no decir asfixiado, entre dos grandes muros: el del *paper* académico y el de la literatura de autoayuda. Se trata de dos mundos incomunicados pero que, por razones muy distintas, se han acabado adueñando casi por completo del panorama (pseudo) filosófico. Hoy se publican toneladas de artículos académicos en supuestas revistas «de impacto» (un impacto ilusorio, por supuesto). A menudo se trata de rutinarios refritos mal traducidos al inglés, destinados, en general, a la obtención de sexenios. Por desgracia, la filosofía no escapa a esa inercia un tanto sórdida. El otro muro lo representa la literatura de autoayuda, que siempre juega con la idea de aplicar conceptos filosóficos a banalidades, o al revés. En realidad, esos libritos contienen una fraseología que hoy dispone ya de una lógica propia basada, en general, en la adulación del lector (un lector que, por cierto, no suele ser el mismo que consume ensayo filosófico).

Reivindicar, hoy, el ensayo filosófico en tiempos de twitter tiene una dimensión profundamente política: con ciento cuarenta caracteres se pueden propagar ocurrencias, pero de ninguna manera ideas. Además, hay una generación que ha llegado a yuxtaponer, e incluso a identificar, el mero *acceso* al saber con el saber mismo.





PRESENTACIÓN

Esa confusión epistemológica no es inocua. De hecho, es el terreno ideal para que florezcan, en todo su esplendor, las coloridas flores del mal de la demagogia más primaria.

En su (buscada) heterogeneidad de referentes, enfoques y estilos, los textos de Francesc Torralba, Anna Pagès, Xavier Antich, Begoña Román, Mercè Rius, Gregorio Luri, Joan Vergés Gifra y los ya mencionados Ferran Sáez Mateu y Ángel Castiñeira permiten hacernos una idea de cómo suena hoy la filosofía que se cuece en las universidades catalanas. El telón de fondo —los muy complejos vericuetos del llamado *Procés*— es el que es, pero aquí no se trata. Forma parte de otro libro que todavía no existe.

Barcelona, otoño de 2017



HAMLET EN LAS RAMBLAS

Un apunte sobre la tradición filosófica catalana

FERRAN SÁEZ MATEU

I

Fue Josep Pla quien, en 1924, se refirió a la «condición hamletiana» de la cultura catalana moderna. La vieja disyuntiva —*ser o no ser*— es prístinamente dual; su traducción factual, no tanto. Porque resulta que, en realidad, existe una tríada que complica esa dicotomía en apariencia irreductible: Cataluña, España... y Europa. Ese tercer elemento es justamente el que permite entender al menos una parte de la cuestión planteada por Pla, como intentaremos mostrar a lo largo de este texto. Por supuesto, la filosofía española también se vio obligada a elegir hamletianamente a lo largo de la pasada centuria. En la década de 1930, por ejemplo, lo hizo a menudo en relación a una religiosidad asociada —arbitrariamente o no— a determinados parámetros ideológicos cercanos al catolicismo, o bien a un anticlericalismo asociado a otros. Esto sucedió antes, durante y después de la Guerra Civil. La especificidad de la filosofía catalana moderna radica, en buena parte, en una bifurcación que, por razones que

son obvias, no se contemplaba en la España de matriz castellana.

En su conocida polémica de 1906, Unamuno y Ortega y Gasset percibieron Europa desde perspectivas muy distintas; en cualquier caso, nunca asociaron esa confrontación a una especie de impugnación, o incluso renuncia, a la tradición española. Es decir: ni las suspicacias hacia lo europeo ni su plena asunción implicaban, de ningún modo, un alejamiento o bien una profundización en relación a lo español. La polémica discurría por otros derroteros. Cuando nos referimos a «lo español», por cierto —o a «lo catalán» o a «lo inglés»—, no aludimos a esencia alguna, sino a la percepción mayoritaria que en esa época se tenía de «lo español», «lo catalán», etc., y que ha ido variando y transformándose con el paso del tiempo.

En la Cataluña de la época, la posibilidad de proyectarse hacia España *o bien* hacia Europa se vivió, en general, como una especie de bifurcación. Los casos de Eugeni d'Ors, Joan Maragall y tantos otros lo demuestran con creces. En un artículo del 19 de diciembre de 1909 («Per l'Empordà»), Maragall juega explícitamente con la contraposición España/Europa en relación a Cataluña. Salvador Espriu también, por supuesto: uno de sus poemas más conocidos («Assaig de càntic en el temple») dramatiza, y a la vez cubre de ironía, dicha cuestión. Esa disyuntiva marcará buena parte del pensamiento político escrito en catalán, desde autores todavía decimonónicos hasta otros como el valenciano Joan Fuster, pasando por pensadores vivos como Xavier Rubert de Ventós o Josep Maria Terricabras. Otros filósofos catalanes contemporáneos, como Manuel Cruz, quizá derivarían esa dicotomía de un supuesto «esencialismo de la memoria». Sea como

fuere, el asunto que estamos describiendo gravita sobre la cultura catalana desde hace, por lo menos, un siglo y medio. No se trata de ninguna actitud de penúltima hora relacionada con hechos muy recientes.

Cualquier lector familiarizado con la filosofía que se ha producido en Europa en los últimos tiempos es capaz de distinguir la que ha surgido en el área cultural de habla alemana de la que proviene de la tradición anglosajona, francesa o italiana. Dejando aquí de lado cuestiones ideológicas, es evidente que la amena prosa del inglés John Gray suena muy diferente a la aridez del alemán Jürgen Habermas, y ambas difícilmente se confundirían con la del italiano Gianni Vattimo o la del francés Alain Finkielkraut. Este asunto, por supuesto, va más allá, mucho más allá, del estilo. Las vivencias de un pensador alemán de cierta edad son difícilmente coincidentes con las de un filósofo nacido en Gran Bretaña, y estas difieren de las de un autor español que creció en pleno franquismo, o las de un esloveno como Slavoj Žižek, conocedor del socialismo real. Así pues, es normal —de hecho, es casi inevitable— la presencia de divergencias a la hora de focalizar determinados problemas, o bien ignorarlos por completo.

Entre la producción filosófica catalana —independientemente de si ha sido escrita en catalán o en castellano— y la que se ha gestado en otros puntos de España, hay muchas más semejanzas que diferencias. Eso no implica, sin embargo, que no existan ciertos matices interesantes que invitan a rascar la superficie. No se trata aquí de reivindicar la especificidad de la filosofía española en relación a la europea, ni de la catalana en relación a la española, ni nada por el estilo. No. La intención es ver al trasluz ciertos elementos que, pese a ser sustanciales, pasan a menudo desa-

percibidos. Conviene hacerlo desde una perspectiva que sortee soflamas identitarias, vengan de donde vengan. Recordemos, en este sentido, un episodio significativo.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX se produjo un largo debate, banal y absolutamente estéril, sobre la adscripción nacional del filósofo escéptico Francisco Sánchez (1551-1623): ¿era español, era portugués? En realidad, Sánchez arrastró como pudo su condición de judío converso —emparentado, por cierto, con Montaigne a través de la madre de este, Antoinette Louppes/López. Vivió la práctica totalidad de su vida en Francia, ejerciendo la medicina, y jamás publicó ni una sola línea en español o en portugués: toda su producción está escrita en latín. El doliente nacionalismo español de raíz noventayochesca, sin embargo, vio el asunto de una manera muy diferente. Hoy, escarmentados por semejantes ridiculeces, vamos a intentar no sustancializar meros matices. Nos limitaremos a analizarlos.

II

¿Qué tipo de preocupaciones son comunes a la filosofía pensada y escrita en Cataluña y a la que se hace en cualquier otro lugar de España? La inmensa mayoría, por supuesto, aunque hay algunos aspectos divergentes. En todo caso, insistimos en que no tenemos intención de teorizar vaguedad alguna, sino centrarnos en casos que sean a la vez concretos e ilustrativos. Los de Manuel García Morente (1886-1942) y Eugeni d'Ors (1881-1954), por ejemplo, constituyen sendos procesos de *conversión* que muestran contradicciones muy hondas y dramáti-

cas, con el trasfondo común de la Guerra Civil. En todo caso, ambos traumas, como veremos a continuación, no son coincidentes a pesar de que los dos autores pertenezcan a una misma generación.

Pese a no haber gozado de la popularidad de Ortega y Gasset (1883-1955), por citar a otro personaje decisivo de la misma época, García Morente fue, sin duda, uno de los filósofos españoles más importantes —e interesantes— del siglo xx. En una descripción honestamente sencilla, casi ingenua, Morente cuenta que experimentó la Trascendencia al asomarse una noche por su ventana con la simple intención de respirar aire fresco, después de haber escuchado por la radio una obra de Hector Berlioz de temática religiosa. Murió a los pocos años, en 1942, tras haber sido ordenado sacerdote ya en edad provectora. Previamente, sin embargo, tuvo que exiliarse un tiempo en Argentina. En el bando nacionalista se lo consideraba un desafecto a la causa de Franco debido, precisamente, a su vinculación con el ideario agnóstico y progresista de la Institución Libre de Enseñanza. Tengamos en cuenta que Morente era un verdadero ilustrado europeo, algo inadmisilable por la ideología del franquismo.

La peripecia vital de Morente, hijo de un furibundo anticlerical y de una piadosa católica, se puede interpretar de muchas maneras, por supuesto, pero todas ellas dejan entrever, más allá de los tópicos manidos, la apesadumbrada dicotomía de las dos Españas. Aunque extremo, su caso no es nada raro. Tras figuras culturalmente tan relevantes —y diversas— como Unamuno, Falla, Laín Entralgo, o Buñuel, existe un tipo de tensión muy especial que, por una vía u otra, siempre acaba desembocando en cuestiones religiosas. En la década de

1930, sin embargo, dichas cuestiones *parecían* de cariz ideológico y se encuadraban en exclusiva, aunque fuera de una manera totalmente forzada, en el binomio derecha/izquierda. Hoy, evaluadas ya con una perspectiva histórica razonable, muestran que dicha contraposición no era tan esquemática. La tensión que estamos comentando no es ajena a Cataluña, evidentemente, aunque no se expresa en los mismos términos. De no haber muerto prematuramente, ¿cómo se hubiera transformado el pensamiento cristiano de Joan Maragall (1860-1911) en el clima que desembocó en la Guerra Civil? Mejor no abrir la caja de los siempre fáciles argumentos contrafactuales.

La peripecia vital de Eugeni d'Ors contiene elementos igualmente dramáticos como los de Morente. Sin embargo, su —digamos— *conversión*, así como la de otros autores catalanes de la época, tiene que ver con otros asuntos muy distintos. En el contexto de la recuperación de la autonomía política a través de la Mancomunitat auspiciada por Enric Prat de la Riba (1870-1917), Ors pasa a ser el referente cultural indiscutible y omnipresente del catalanismo, hasta el punto de ser nombrado secretario del Institut d'Estudis Catalans. Al ser defenestrado —por razones que ahora sería largo de explicar— su reacción consistió en trasladarse a Madrid y transformarse, de la noche a la mañana, en el paladín de un españolismo radicalmente hostil a las ideas que había defendido hasta ese preciso momento. Del blanco al negro, sin los preceptivos matices de gris. De hecho, ya al principio de la Guerra Civil es nombrado desde Burgos director de la Jefatura Nacional de Bellas Artes. La conversión de Ors afecta por encima de todo a su articulación de la tríada España/Cataluña/Europa.